

bala le había atravesado el labio inferior y roto la encía. Couthon se quiso levantar, vaciló sobre sus piernas baldadas, y cayó debajo de la mesa. Saint-Just permaneció sentado é inmóvil, mirando tristemente á Robespierre, y con orgullo á sus enemigos.

Al estruendo de los tiros y de los gritos de *Viva la Convencion!* las columnas de Barras desembocaron en la plaza, escalaron la casa de ayuntamiento, cerrando todas las salidas, y apoderándose de Fleuriot, Payan, Duplay y de los ochenta miembros de la municipalidad, los ataron, preparándose á llevarlos en triunfo á la Convencion. Coffinhal consiguió escaparse á favor de la confusion general; derribó la puerta de una sala baja, refugiándose en el rio en un barco de lavanderas, de donde el hambre le hizo salir, descubriéndole al día siguiente.

Seguido Barras de la larga fila de presos, volvió á tomar con sus columnas el camino de la Convencion. Los primeros albores de la mañana empezaban á distinguirse. Robespierre, llevado por cuatro gendarmes en una camilla, y con la cara envuelta con un pañuelo lleno de sangre, abría la marcha. Los que llevaban á Couthon le habían dejado caer y rodar al suelo por desprecio en la esquina de la plaza de Greve. Tenia sus vestidos manchados y rotos, dejando desnuda parte de su cuerpo. Robespierre el jóven se desmayó, y le llevaban dos hombres del pueblo. El cadáver de Lebas iba cubierto con el tapete de una mesa manchado de sangre. Saint-Just, con las manos atadas por delante, la cabeza descubierta, los ojos bajos y recogido en la resignacion, y no en la venganza, seguia á pié.

A las cinco, la cabeza de la columna entró en las Tullerías. La Convencion esperaba el desenlace sin temerlo. Un estremecimiento tumultuoso anunció la proximidad de Barras y Freron. Charlier presidia. «El cobarde Robespierre está allí,—dijo señalando á la puerta.—¿Quereis que éntre?» «¡No no!»—respondieron los representantes, unos por horror y otros por compasion. «Presentar en la Convencion el cuerpo de un hombre cubierto con todos los crímenes,—exclamó Thuriot,—sería quitar á esta hermosa jornada el brillo que le conviene. El cadáver de un tirano no puede traer más que un contagio. El puesto que está señalado para Robespierre y sus cómplices es la plaza de la Revolucion.»

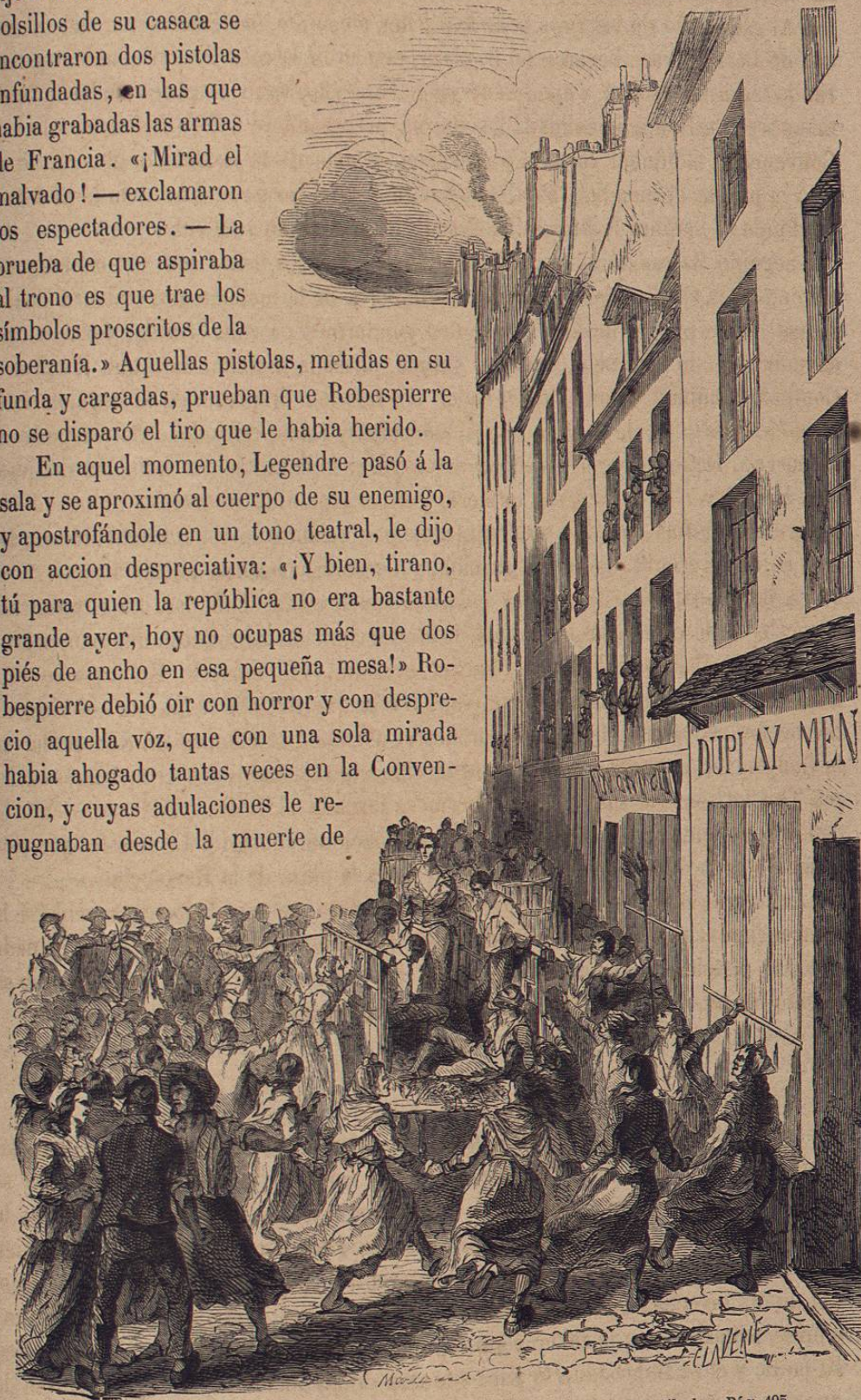
Leonardo Bourdon, ebrio por el triunfo, contó su expedicion y presentó á la Convencion el gendarme que había tirado á Robespierre. Legendre entró armado con dos pistolas, anunciando que había dispersado á los Jacobinos y cerrado él mismo las puertas de su sala, arrojando las llaves sobre la tribuna.

VI

Depositado Robespierre en el salon de espera, estaba tendido en una mesa, sirviéndole una silla vuelta de almohada. Un inmenso gentío entraba, salia y se renovaba continuamente para mirar desde lo alto de las banquetas al dueño de la república abatido. Algunos diputados, entre sus aduladores del día anterior, venian á asegurarse de que el tirano no se levantaria más. Nada le perdonaban en la agonía, ni las invectivas, ni las miradas, ni los desprecios. Los ujieres de la Convencion le señalaban con la mano á los espectadores como si fuese un animal feroz en su jaula, y él se fingió muerto para librarse de los insultos y de las invectivas de que era objeto. Un empleado del comité de salud pública, que se alegraba de la

caída de la tiranía, pero que compadecia al hombre, se acercó á Robespierre, le quitó una liga, le bajó la media, y poniendo la mano en la pierna, sintió las pulsaciones arteriales que revelaban su plenitud de vida. «Es necesario registrarle»,—dijo á la multitud. En los bolsillos de su casaca se encontraron dos pistolas enfundadas, en las que había grabadas las armas de Francia. «¡Mirad el malvado!—exclamaron los espectadores.—La prueba de que aspiraba al trono es que trae los símbolos proscritos de la soberanía.» Aquellas pistolas, metidas en su funda y cargadas, prueban que Robespierre no se disparó el tiro que le había herido.

En aquel momento, Legendre pasó á la sala y se aproximó al cuerpo de su enemigo, y apostrofándole en un tono teatral, le dijo con accion despreciativa: «¡Y bien, tirano, tú para quien la república no era bastante grande ayer, hoy no ocupas más que dos piés de ancho en esa pequeña mesa!» Robespierre debió oír con horror y con desprecio aquella voz, que con una sola mirada había ahogado tantas veces en la Convencion, y cuyas adulaciones le repugnaban desde la muerte de



Robespierre y los sentenciados de Thermidor conducidos al patíbulo.—Pág. 495.

Danton. Aunque inmóvil, lo veía y lo oía todo. La sangre que manaba de su herida se cuajaba en su boca, y reanimándose, se la limpió con una funda de las pistolas. Su mirada apagada, empero escrutadora, se dirigía á la multitud como para buscar compasión ó justicia; pero no descubrió más que aversión, y cerró los ojos. El calor que habia en la sala era sofocante; una calentura ardiente daba color á sus mejillas, y el sudor inundaba su frente. Nadie le ofreció la mano. A su inmediatez habian puesto una copa con vinagre y una esponja. De cuándo en cuándo la empapaba y se humedecía los labios.

Después de aquella larga exposicion en la puerta de la sala, desde donde el vencido oía la explosion de la tribuna contra él, le transportaron al comité de seguridad general. Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Vadier, los más implacables de sus enemigos, le esperaban allí. Le interrogaron por fórmula; sus miradas respondieron únicamente, y los jueces abreviaron el suplicio y su alegría. Transportado al Hotel-Dieu, los cirujanos reconocieron y curaron su herida. Robespierre encontró en la sala de heridos á Couthon, llevado allí como enfermo; á Henriot, con los miembros mutilados por la caída, y en fin, á su hermano, cuya fractura habian curado ya. Después de la cura, todos los heridos fueron trasladados á un mismo calabozo de la Conserjería, en donde les esperaba Saint-Just al lado del cadáver de Lebas.

Al entrar en la Conserjería, Saint-Just se encontró en el postigo interior al general Hoche, que él mismo habia mandado encerrar pocas semanas ántes. Hoche, en vez de insultarle por su caída, se apartó con los ojos bajos para dejar pasar al jóven procónsul. Los héroes respetan la desgracia hasta en los que los han proscrito.

El corregidor Fleuriot-Lescot, Payan, Dumas, Vivier, presidente de los Jacobinos, la vieja Lavalette, Duplay, su mujer y sus hijas, huéspedes de Robespierre, desde el Luxemburgo, adonde los habian llevado al principio, fueron trasladados también á la Conserjería.

A las tres, los condujeron al tribunal revolucionario. La Convencion estaba ya tan segura de la obediencia, que no habia cambiado de instrumentos. Los jueces y los jurados eran los mismos que en el día anterior se disponian á enviar á la muerte á los enemigos de los que iban á sacrificar. Fouquier-Tinville leyó con el mismo acento de rigurosa conviccion los decretos que les ponian fuera de la ley, limitándose á hacer constar la identidad de las personas. Fouquier no se atrevió á dirigir la vista á Dumas, su colega en el tribunal revolucionario, ni á Robespierre, su patrono.

A las cinco, las carrejas esperaban ya á los sentenciados al pié de la escalera principal. Robespierre, su hermano, Couthon, Henriot y Lebas eran ó unos restos humanos ó unos cadáveres. Los ataron por las piernas, por el cuerpo y por los brazos á los maderos del primer carro. Los vaivenes que ocasionaba el empedrado les arrancaban gritos y gemidos de dolor. Los dirigieron por las calles más largas y más concurridas de Paris. Las puertas, las ventanas, los balcones y aún los tejados estaban llenos de espectadores, y sobre todo de mujeres, con sus mejores adornos, que aplaudian el suplicio creyendo expiar el Terror, execrando al hombre que le habia dado su nombre. «¡A la muerte! ¡A la guillotina!»—exclamaban junto á las ruedas los hijos, los parientes y los amigos de las víctimas. El pueblo, escaso



en número y taciturno, miraba sin dar ninguna señal de pena ni de satisfacción. Algunos jóvenes á quienes habian guillotinado sus padres, y muchas mujeres privadas de sus maridos, atravesaban de cuándo en cuándo la fila de gendarmes para llenar de imprecaciones á Robespierre. Al parecer, temian que la muerte les quitase el grito y la satisfacción de su venganza. Robespierre llevaba la cara envuelta en un pañuelo manchado de sangre, que le sostenia la barba, y este pañuelo estaba anudado sobre la cabeza. No se le descubria más que una mejilla, la frente y los ojos. Los gendarmes de la escolta le mostraban al pueblo con la punta de los sables. El volvia la cabeza y encogia los hombros, como si tuviese compasion del error que imputaba á él sólo tantas maldades como cubrian su nombre. Toda su inteligencia respiraba en sus ojos; su actitud indicaba la resignacion y no el temor; el misterio que habia cubierto su vida cubria su pensamiento. Murió sin revelar su última idea.

Delante de la casa del artesano donde habia vivido, cuyos miembros todos, padre, madre é hijos, estaban ya presos, una banda de mujeres detuvo el convoy y bailó en círculo alrededor de la carreta.

Un niño que llevaba en la mano un cubo de carnicero lleno de sangre de vaca, mojó en él una escoba y roció las paredes de la casa. Robespierre cerró los ojos durante aquel alto, para no ver insultado el umbral de unos amigos á quienes habia sumido en la desgracia. Esta fué su única accion de sensibilidad durante las treinta y seis horas de su suplicio.

En la noche de aquel mismo dia, aquellas furias de la venganza invadieron la cárcel donde se hallaba la mujer de Duplay, y la ahogaron, colgándola despues de la varilla de una cortina.

El convoy siguió su marcha. Couthon iba cavilando; Robespierre el joven, enternecido. Las sacudidas de la carreta, que renovaban la fractura de su pierna, le hacian dar gritos involuntarios. Henriot tenia la cara embadurnada de sangre, como los beodos á quienes se recoge en medio de un arroyo; le habian quitado su uniforme, y no llevaba otro vestido que la camisa manchada de barro. Saint-Just, vestido decentemente, con el pelo cortado, pálido el semblante, pero sereno, no afectaba en su actitud ni humillacion ni orgullo. En la elevacion de su mirada se veia que la dirigia más allá del tiempo y del suplicio, y que su pensamiento le seguia al cadalso como le hubiera seguido al triunfo, sabiendo por qué iba á morir, y no acusando al destino, porque moria por su fidelidad á sus principios, á su maestro y á la mision que él se habia impuesto. Sér incomprendible é incompleto, compuesto únicamente de inteligencia, y sin más pasiones que las del espíritu, faltábale enteramente el órgano del corazon á su naturaleza, así como á su teoría. Hombre sin corazon, no reconvenia en nada á su abstracta conciencia, y murió odiado y maldecido, sin reconocerse culpable. ¡Ceguedad moral que conduce al abismo cuando se cree marchar hácia la libertad del mundo y hácia la admiracion de la posteridad! Causa sorpresa ver tan tierna juventud en el dogmatismo de las ideas, tanta gracia en el fanatismo y tanta conciencia en la impasibilidad.

Llegados al pié de la estatua de la Libertad, los ejecutores llevaron á los heridos al tablado de la guillotina. Ninguno de ellos dirigió la palabra ni acusó al pueblo; leyeron su juicio en la actitud de asombro de la multitud. Robespierre subió con paso firme las gradas del cadalso. Antes de soltar la cuchilla, los verdugos le

arrancaron el vendaje que envolvía su barba, para que el lienzo no mellase el filo del hacha, lo que le hizo dar un rugido de dolor físico, que se oyó en el otro extremo de la plaza de la Revolución. La multitud calló, y un golpe sordo de la cuchilla dividió del tronco la cabeza de Robespierre. Una larga respiración de la multitud, seguida de un inmenso aplauso, sucedió al golpe fatal.

Saint-Just apareció entonces en pie encima del cadalso. Alto, delgado, inclinada la cabeza, con los brazos atados y con los pies sobre la sangre de Robespierre, dibujábase como un fantasma á través de un cielo alumbrado con los últimos crepúsculos de la tarde. Murió sin desplegar los labios, llevándose su aceptación ó su protesta interior respecto á su muerte. Tenia veintiseis años y dos días.

Pusieron los veintidos cuerpos mezclados en un mismo carro, y con ellos el cadáver de Lebas.

VII

Algunas semanas despues, una mujer jóven, vestida como una lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos, se presentó en la casa de huéspedes que habitó Saint-Just, y pidió que le dejasen hablar en secreto con la hija del dueño de la casa. La forastera era la viuda de Lebas, hija de Duplay. Despues del suicidio de su marido, del suplicio de su padre, del asesinato de su madre y de la prision de sus hermanas, madama Lebas cambió de apellido, se vistió como mujer del pueblo, y ganaba su vida y la de su hijo lavando ropa en los barcos que sirven para este uso en el río. Algunos republicanos perseguidos eran los únicos que sabian este cambio, y se admiraban de su valor. No le quedaba ni herencia ni vestigios, ni aún el retrato de su marido. Adoraba en silencio su recuerdo.

La jóven fugitiva supo que la patrona de Saint-Just, pintora de profesion, poseía un retrato del discípulo de Robespierre, el cual habia pintado ántes de que le llevasen al suplicio. Deseaba ardientemente poseer aquella pintura, que al ménos le recordaria á su marido en la imágen del jóven republicano, colega y amigo el más querido de Lebas. La jóven artista, reducida á la indigencia por la prision de su propio padre, perseguidó como patron de Saint-Just, pidió seis luises por su trabajo. Madama Lebas no poseía esta suma. No habia salvado del secuestro sino un cofre de vestidos, alguna ropa blanca y los trajes de novia, que era su única fortuna. Le ofreció aquel cofre con todo lo que contenia por precio del retrato. El pacto quedó concluído, y la pobre viuda llevó por la noche sus ropas, y adquirió á tanta costa aquel tesoro. Así se ha conservado por el amor conyugal para la posteridad la única imágen de aquel jóven revolucionario, bello, fantástico, sombrío como una teoría, pensativo como un sistema y triste como un presentimiento. Aquella pintura es más bien el retrato de una idea que el de un hombre; se parece á un sueño de la república de Dracon.

VIII

Tal fué el fin de Robespierre y de su partido, sorprendido y sacrificado en la obra que meditaba para hacer entrar al Terror en la ley, á la revolucion en el órden y á la república en la unidad. Destruído por hombres unos peores y otros mejores que él, tuvo la gran desgracia de morir el mismo dia que finalizó el Ter-

ror, acumulando sobre su nombre hasta la sangre de los suplicios que queria evitar y las maldiciones de las víctimas que quiso salvar. Su muerte fué la fecha, y no la causa de la terminacion del Terror. Los suplicios hubieran cesado con su triunfo, así como cesaron con su suplicio. La justicia divina deshonraba así su arrepentimiento y hacía inútiles sus buenas intenciones, ofreciendo en su tumba un abismo sin fondo, y en su memoria un enigma de cuya resolucio se estremece la historia, temblando decidir sobre él, temiendo igualmente hacerle una injusticia si le diese el nombre de crimen, ú horrorizarse si le diese el de virtud. Para que el historiador sea justo é instructivo, es necesario que asocie atrevidamente estas dos palabras, que repugnan ir juntas, y que componga con ellas una expresion com-



La mujer de Duplay estrangulada en su prision.—Pág. 495.

pleja, ó más bien es necesario que renuncie á la calificacion de lo que no se puede definir. Aquel hombre fué y quedará sin definicion.

Hubo un designio en su vida, y aquel designio fué grande: el reinado de la razon por la democracia. Hubo en él un móvil, y aquel móvil fué divino: la sed de la verdad y de la justicia en las leyes. Hubo una accion, y aquella accion fué meritoria: el combate á muerte contra los vicios, la mentira y el despotismo. Hubo un sacrificio, y aquel sacrificio fué constante, absoluto como un sacrificio heroico: fué el sacrificio de sí mismo, de su juventud, de su descanso, de su dicha, de su ambicion, de su vida y de su memoria á su obra. En fin, hubo un medio, y aquel medio fué alternativamente ó legítimo ó execrable: la popularidad. Halaga al pueblo en su parte innoble, exagera las sospechas, suscita la envidia, provoca la ira, envenena la venganza y abre las venas al cuerpo social para curar sus males; pero deja que salga de ellas la sangre pura ó impura, siéndole todo indiferente, y sin interponerse entre los verdugos y las víctimas. No quiso el mal, pero lo aceptó. Hizo caer, por creerlo necesario en su posicion, las cabezas del rey, de la